

A. N. WHITEHEAD Y LA METAFÍSICA

I

A. N. Whitehead titula su obra más importante *Proceso y realidad: Ensayo de cosmología*.¹ El subtítulo, en cierta medida, nos orienta hacia la clave de lo que Whitehead busca ofrecernos: un nuevo intento cosmológico.

Tradicionalmente, o al menos tal como las escuelas más tradicionales han utilizado el término, la cosmología trata de ofrecernos una visión global del universo.

La cosmología de Whitehead tiene también por objeto la explicación del mundo en términos lógicos y coherentes, que no contradigan los datos que nuestra experiencia nos ofrece. No hace falta señalar, no obstante, que el intento de Whitehead no se ciñe a las líneas generales de las corrientes mencionadas ni a la llamada cosmología teórica, según la estudia la ciencia contemporánea. Esta última intenta la explicación del universo en cuanto a "objeto" de estudio; su fin y su principio, su estructura, sus leyes, etc. Whitehead incluye el "sujeto" en el contenido de su análisis, tratando de demostrar la imposibilidad de separar en la realidad estos dos conceptos aparentemente antitéticos aclarando, además, las posibles formas de relación entre ambos.

La cosmología de Whitehead supone un ámbito de experiencia mucho más abarcador y ambicioso que lo que normalmente se entiende por cosmología. Entiende nuestro filósofo que uno de los objetivos de una cosmología total debe ser el construir un sistema de ideas que relacionen los intereses morales, religiosos y estéticos con aquellos conceptos sobre el mundo que tienen su origen en la ciencia natural.

Si entendemos así la cosmología, encontraremos que la mayor parte de los grandes sistemas filosóficos caen dentro de esta clasificación terminológica, pero en general, estas doctrinas tienden, con suma frecuencia, a convertirse en sistemas, sobre todo después de la revolución cartesiana. Estos sistemas muestran, como instrumento de interpretación de la realidad que nos rodea, una estructura de principios generales que intentan ser, comúnmente, universales y necesarios.

No es éste el caso de Whitehead, quien al referirse a la estructura lógica que ha de servir de marco a su explicación del mundo, en todas sus dimensiones, evita repetidamente referirse a "sistema de principios" o "sis-

¹ The Social Science Bookstore, N. Y., 1949. (Edición norteamericana.) Todas las referencias a este libro se refieren a esta edición colocando la sigla (PR) y la página después de la referencia.

tema categorial", y emplea, una y otra vez, el término "esquema" en su lugar. No es la suya una decisión caprichosa; parece entender que los sistemas tienden a la rigidez y que por ello dejan generalmente a un lado todo aquello que no encaja dentro de su marco.

El término "esquema" nos da un sentido mucho menos final y flexible. Un esquema es más bien un boceto, algo que no está terminado, pero que, a grandes trazos, nos permite vislumbrar el sentido de aquello que quiere presentarnos. La cosmología de Whitehead, en su calidad de esquema, no intenta darnos una estructura final de la realidad bajo estudio.

En primer lugar, su esquema categorial no cae dentro de la categoría cierto-falso. La verdad, tal como la entiende Whitehead, sólo tiene sentido cuando nos referimos a "proposiciones" en la forma en que se interpreta este término en su doctrina (PR 395). Una proposición para Whitehead consta de un patrón predicativo, o predicado, y unos sujetos lógicos. Los sujetos lógicos son aquellas entidades actuales o su conjunto que reflejan una característica común u objeto eterno —complejo— que en relación a ellas puede predicarse como posibilidad. El patrón predicativo debe referirse a sus sujetos lógicos y sólo en referencia a ellos puede darse la relación verdad-falsedad. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a la totalidad del esquema de relaciones que, con ciertas reservas, pudiéramos llamar la multiplicidad de los objetos eternos, su vinculación con lo actual es indeterminada. Ajustándose al Principio Ontológico los objetos eternos, por su carácter abstracto, deben estar vinculados a lo actual, pero en su conjunto, no en sus casos particulares.

Por este motivo, al ofrecernos su esquema categorial, Whitehead señala que sólo tiene sentido cuando se interpreta a la luz de sus instrumentos para dilucidar lo concreto. No es, pues, una estructura *a priori* a la que la realidad debe conformarse, por el contrario, es el contenido de realidad, su instrumentación, por así decir, la que conforma la estructura del esquema que va cambiando de acuerdo a las modalidades de su contenido.

El esquema categorial no parece ser otra cosa que una hipótesis de trabajo que al constatarse con el mundo de nuestra experiencia nos permite interpretarlo en forma coherente, lógica y adecuada (PR 4). No puede ser un esquema cerrado puesto que Whitehead ve a la realidad como un proceso abierto a todas las posibilidades y éstas son, por definición, infinitas. El ámbito de la posibilidad está ordenado en un infinito número de órdenes, como consecuencia de su intrínseca infinitud. No hay un orden dado de una vez para todas y, por lo tanto, ningún esquema o sistema puede ser por siempre válido.

Esta concepción es congruente con la teoría epocal del tiempo que nos ofrece Whitehead. Para nuestro filósofo las entidades actuales ocupan una *región* en el continuo extenso y de ella se deriva un cuanto de duración

indivisible. El tiempo es la sucesión de estas duraciones epocales vinculadas por encontrarse en un continuo extenso que les es común. Las entidades actuales son hechos atómicos e indivisibles en la realidad, pero por su necesaria relación con las entidades en su pasado, y a su vez con la que tendrán con aquéllas que se encuentran en su futuro, hay una continuidad de devenir. Ella nos ofrece la posibilidad de concebir el tiempo como continuo y discontinuo a la vez: esto es, con un carácter epocal que se inicia en las unidades básicas y se extiende a los conjuntos de entidades que reciben el nombre de sociedades o nexos.

El conjunto más amplio de entidades que podemos discernir recibe el nombre de época cósmica y la nuestra, según Whitehead, está constituida por entidades electromagnéticas y protónicas. Esta época cósmica muestra unas características de orden a las que deben adscribirse todas las sociedades y subsociedades que en ella se encuentran. El orden que impera en la sociedad electromagnética es el que intenta reflejar nuestra física contemporánea. No obstante, el orden que impera en una época cósmica determinada no es un orden final: "Más allá de ese nexo, entidades con nuevas relaciones irrealizadas en nuestra experiencia e imprevistas por nuestra imaginación harán su aparición introduciendo en el universo nuevos tipos de orden" (PR 441), nos dice Whitehead.

En el Prefacio a *Proceso y Realidad* (x) se aclara el sentido del esquema y las limitaciones a que necesariamente se ve sometido. "El verdadero método de la construcción filosófica —señala— consiste en enmarcar un sistema de ideas, el mejor que se pueda, y explorar resueltamente la interpretación de la experiencia en términos del esquema." ... "cuán superficiales y endeables son los esfuerzos para sondear las profundidades de la naturaleza de las cosas. En el examen filosófico, el más leve asome de certidumbre dogmática relativo a la finalidad de la afirmación, es prueba de necesidad."

II

El planteamiento de Whitehead no es necesariamente original en cuanto a su contenido, lo encontramos en una variedad de formas explícito en las doctrinas filosóficas más importantes, pero por otra parte, la originalidad en filosofía es necesariamente muy relativa. Parece ser que lo importante no es buscar ser original, se puede ser original y sólo decir tonterías, lo que debe buscar el filósofo es autenticidad. Esto es, una perspectiva que le permita ver o analizar la realidad que lo circunda y que, históricamente, no siempre es la misma. La perspectiva de Whitehead es, en nuestro tiempo, original y la originalidad que puedan tener sus ideas proviene básicamente de su enfoque.

Divide Whitehead, como se ha hecho múltiples veces, la realidad en dos ámbitos o niveles: el nivel de la *Actualidad* y el de *Potencialidad*. Pese

a la influencia platónica que su filosofía muestra, existen marcadas diferencias entre ambos filósofos. Platón nos ofrece los dos niveles señalados, pero en su deseo de encontrar la certeza, afinca su sistema sobre el mundo de las ideas puras (al menos en la primera etapa de su filosofía), convirtiendo a la realidad cotidiana en mera apariencia. Whitehead, por el contrario, toma la *Actualidad* como punto de partida, derivando de ella la potencialidad y vinculando ambos ámbitos a través de la noción de *proceso*. Si como Parménides, aceptamos que la realidad está representada en uno de estos niveles, nos encontramos necesariamente con un mundo estático en el que el cambio y la transformación son apariencias engañosas, producto de nuestras limitaciones de percepción y pensamiento. No obstante, si tomamos la idea de proceso como base de interpretación, resulta que ambas dimensiones adquieren un nuevo sentido, por cuanto una realidad en continuo proceso de devenir exige una dimensión de posibilidad abierta para proyectarse, y una actualidad concreta desde la que se inicia la proyección.

Desde este punto de vista, lo potencial caracteriza a lo actual y lo actual ejemplifica lo potencial (*Modos de pensamiento* 96).² No hay, pues, posibilidad de separar la realidad en dos ámbitos diferentes. Se nos ofrecen dos dimensiones de realidad estrechamente vinculadas e indispensables entre sí.

El esquema categorial de Whitehead intenta enlazar y explicar ambos niveles y cuáles son las condiciones que lo actual impone a lo potencial y cuáles lo potencial impone a lo actual. En la terminología de Whitehead lo actual está representado por las entidades actuales y por sus conjuntos, mientras que lo potencial recibe el nombre de la multiplicidad de los objetos eternos.

Acaso la diferencia muy fundamental entre estos dos niveles de existencia estribe en que mientras lo actual es concreto, lo potencial es abstracto. Por otra parte, pese a que ambos niveles son interdependientes y no se pueden explicar por separado, dentro de la dependencia lo concreto muestra primacía, puesto que la abstracción requiere de lo concreto para ser. Esta premisa, de un claro origen aristotélico, y que Whitehead llama Principio Ontológico, fundamenta, como ya señalamos, la visión filosófica que nos ocupa. Las entidades actuales son los hechos reales finales de que el mundo está compuesto, lo demás no pasa de ser abstracción derivada (PR 27). Así, la doctrina de Whitehead, desde el punto de vista ontológico, se fundamenta en el ente y no en el Ser.

Pese al carácter derivado del ámbito de lo abstracto, ambos niveles tienen igualmente una existencia real. Ambos muestran un tipo de existencia y cuando le negamos este carácter de existencia a uno, nos dice Whitehead, es porque le adjudicamos un tipo de existencia que no le corresponde (MT 95-96).

² *Modes of Thought (Modos de pensamiento)*, Capricorn Books, N. Y., 1958. Toda referencia a esta obra llevará la sigla (MT) con la paginación de la edición que aquí se ofrece.

Así, los objetos eternos existen. Intentemos ver qué quiere decirnos Whitehead cuando los sitúa como abstracciones con una existencia real.

Para Whitehead las entidades actuales están constituidas por sus prehensiones de otras entidades actuales. Los datos de estas prehensiones son objetos eternos concretados en la actualidad. Es decir, la actualidad, constituida por las entidades actuales, es equivalente a la potencialidad concretada o particularizada y la potencialidad es la posibilidad de caracterizar lo concreto antes de que esta caracterización haya tenido lugar.

Entendemos que esto significa que lo que no es una actualidad definida *puede ser* un elemento concreto de otras actualidades definidas. Por tanto, la discontinuidad continua de la realidad concreta nos permite una relación de *presencia* y *ausencia* que da margen a esta dimensión de potencialidad derivada de que nos habla Whitehead. Lo ausente puede tener un contenido de presencia no necesariamente referible a la actualidad que tomamos como privilegiada. Así si tomamos una actualidad *A* con unas características *b*, *c*, *d*, y una actualidad *B* con unas características *x*, *y*, *z*, las características de *A* son un *no ser* para *B*, y las características de *B* son un *no ser* para *A*. O sea, ambos grupos de características se encuentran recíprocamente *ausentes* en las dos entidades en cuestión. Ello nos permite considerar a las características de *B* como una posibilidad de ser para *A*, de carácter abstracto, aunque derivado de lo concreto y, a las características de *A* como una posibilidad de ser para *B* en un nivel abstracto. En estos casos encontramos que los objetos pueden ser concretos y abstractos dependiendo de la perspectiva.

El mecanismo que permite la abstracción que da lugar a los objetos eternos puros se da ya en el análisis genético de la constitución de las llamadas entidades actuales. Estas entidades surgen, inicialmente, de su prehensión de las entidades en pasado, o mundo actual, hablando en términos whiteheadianos. Inicialmente, estas prehensiones tienen un carácter físico, por cuando el dato está constituido por entidades actuales concretas. Aun la entidad actual que es Dios, que se prehende en esta etapa inicial de la llamada concrescencia, se nos ofrece como una entidad física, aunque el dato que de ella se recibe sea de carácter conceptual. Sólo en este caso especial, a través de una prehensión híbrida de la Divinidad, se recibe un objeto eterno que no ha sido concreto antes en la actualidad. Este objeto eterno nuevo es la base de la novedad que la entidad naciente ofrece.³

La entidad naciente prehende, pues, objetos eternos concretados en la actualidad, salvo la excepción del que recibe de la Naturaleza Primordial de Dios, que tiene un carácter híbrido y el conjunto de estas prehensiones

³ Para una exposición detallada de las ideas filosóficas de Whitehead véase el libro de William A. Christian: *An Interpretation of Whitehead's Metaphysics*, Yale University Press, New Haven, 1959. Para aquellos que prefieren una más modesta exposición de esta filosofía en lengua española, véase mi libro *La filosofía de A. N. Whitehead*, Editorial Tecnos, Madrid, 1967.

da lugar a lo que se denomina el "polo físico" de la entidad actual. En una segunda etapa de la concreción, la entidad deriva de sus prehensiones físicas los objetos eternos en ellas concretados y esta derivación tiene ya carácter conceptual. Nos encontramos ya aquí con un proceso de abstracción y el conjunto de estos sentires o prehensiones conceptuales constituye el polo mental de la entidad.

El proceso mediante el cual la entidad alcanza su satisfacción y se ofrece como dato a la prehensión de otras entidades en su futuro es bastante más complejo de lo que hemos a grandes trazos señalado. No obstante, lo que nos interesaba apuntar es el hecho de que para Whitehead el ámbito de lo potencial no es una dimensión separada de lo actual, como algunos parecen entender.

Whitehead nos habla de la posibilidad de abstracción derivada de la realidad misma constituida como elemento inseparable de su constitución.

Esta dimensión de lo actual abierta al proceso que la actualidad exige para ser, esta dimensión de lo posible, nos ofrece un ámbito para la proyección metafísica. Si lo concreto está en continuo devenir y lo abstracto deriva de lo concreto, no hay duda de que aquellas abstracciones que nos permiten interpretar lo concreto deben, a su vez, cambiar en forma de poder reflejar el proceso de transformación. Debemos entender que los contenidos fundamentales de lo abstracto son siempre los mismos —dentro de una época cósmica dada— ya que las características representadas en la abstracción se repiten una y otra vez. Lo que varía es la forma en que estas características se estructuran, el esquema que nos permite interpretarlas.

No quiere ello decir que las cosmovisiones pasadas, o los sistemas filosóficos, deban rechazarse para empezar cada vez desde el principio. Para Whitehead el pasado es la materia prima del presente y lo actual, siempre en presente, se incorpora todo el pasado que tras sí encuentra. De ahí la continuidad y la relativa permanencia de la abstracción.

Ahora bien, el pasado sufre transformaciones de diferentes grados y niveles en cada nueva encarnación en lo actual, puesto que cada actualidad es una forma novedosa de organizar los datos que de su pasado recibe. Ello obliga, a nuestro entender, a la necesidad de renovar los sistemas de abstracciones mediante los cuales podemos interpretar la realidad.

Por ello, aunque el concepto metafísico de Whitehead pueda, como tal, acercarse a la tradicional idea que de la metafísica nos dejó Aristóteles, entiendo que, implícitamente, su doctrina nos ofrece la posibilidad de interpretar la metafísica como una dimensión abierta al poder ser; dimensión derivada, por otra parte, de una dimensión de ser concreta y actual. Es cierto que "metafísica" no se emplea aquí en un sentido tradicional de "filosofía primera", sino más bien como una dimensión proyectiva abierta a la posibilidad, vacía de por sí en un cierto sentido.

El plano metafísico se nos ofrece entonces, como una proyección abstracta de lo actual necesitada de renovación cuando los cambios ocurridos en el mundo de lo concreto así lo exigieran.

De hecho, Whitehead lo intenta en la práctica puesto que su doctrina busca primordialmente incorporar las aportaciones de la nueva física y la logística al estudio e interpretación de la realidad como conjunto. Reiteradamente señala que no podemos interpretar el mundo en que vivimos en función de la física que nos legó Newton ni de la lógica clásicamente entendida. Si lo físico condiciona lo metafísico, una interpretación de lo físico, condicionará, asimismo, la estructura de la dimensión metafísica. Es, pues, necesario tomar en consideración los nuevos cambios en nuestra interpretación de la física para renovar en forma adecuada un sistema metafísico. Esto supone un cierto relativismo en el sentido de que se aclara que no podemos o debemos hablar de una metafísica con mayúscula; de una metafísica sólida, hecha de una vez para todas.

Whitehead aclara, por otra parte, que toda doctrina filosófica o científica contiene una serie de hechos o verdades que permanecen vigentes, pese a que las nuevas concepciones puedan estructurarlas en diferente forma y contexto. Del pasado sólo se pierde aquello que no puede salvarse; lo demás, por más mínimo e intrascendente que pueda ser, alcanza en el futuro inmortalidad objetiva. Esto es, pervive ya por siempre en la constitución de otras entidades posteriores que lo objetifican como dato, que lo incorporan a su constitución y que en ellas pervive indefinidamente.

Pasado y futuro son, para Whitehead, dos dimensiones de lo actual. El pasado sólo tiene existencia cuando se incorpora a lo actual y el futuro la tiene en cuanto la estructura misma de lo actual condiciona la forma en que en el futuro podrá darse. Por otra parte, todo pasado se incorpora a lo actual, ya sea en forma positiva o negativa, por más indirecta que pueda ser la relación, y todo futuro es necesariamente referible, a lo actual.

Interpretando ampliamente esta posición entendemos que una de las funciones principales del quehacer filosófico consiste en definir el futuro, darle algún nivel de actualidad en forma de que el vacío que nos entrega adquiriera una dimensión de poder ser definida, relativa a actualidades particulares o a sus conjuntos. Es este quehacer lo que entendemos, en forma muy amplia, por metafísica.

Hay una diferencia entre los conceptos de *futuro* y *porvenir*: el futuro se nos ofrece como una dimensión proyectiva, esto es, como un vacío, un no ser hacia lo que puede proyectarse lo que es en busca de su autorrealización. El porvenir se nos ofrece sólo cuando definimos el futuro, trazando, sobre la negra pizarra de la negación que encierra, las posibilidades definidas de nuestra aspiración.

Esta aspiración, que da contenido al futuro, la encuentran las entida-

des actuales, según Whitehead, a través de su captación original de un objeto eterno no realizado en el mundo actual y que ofrece la Naturaleza Primordial de la entidad actual no-temporal que llama Dios.

Acaso sea así, pero en lo que se refiere a la peculiar sociedad de entidades que constituye en ser humano, el futuro no siempre se nos da abierto al porvenir, porque las más de las veces nos encontramos frente a porvenires que no nos corresponden, que no son nuestros; porvenires que han sido definidos para beneficio de otros y que se nos imponen, a veces, por la fuerza de las armas.

Si éste es el caso, toca al filósofo la misión de redefinir cada día el mundo para abrir nuevas posibilidades al devenir de lo actual y con ello al pensamiento y a la acción humana.

JORGE ENJUTO

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO